

## **IV domingo de Pascua (26-04-26)**

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En primer lugar, acogemos, en un lugar especial, a todos los pastores que han venido a acompañarnos esta mañana desde sus parroquias y desde el trabajo con su grey, con sus ovejas, a las cuales se deben y a las cuales han entregado su vida. Vamos a darles un fuerte aplauso.

Este aplauso también es para los toribianos que han salido del seminario, se han formado ahí. Yo no he tenido la maravilla de ser formado en el seminario, pero el primer retiro de mi vida lo hice en el seminario de Santo Toribio de Mogrovejo, y ahí se me “pegó” el padre Hugo Risco como un chicle y no dejó que fuera agustino, sino diocesano.

Hermanos y hermanas, hoy es un día muy lindo que ha coincidido con la Fiesta de Toribio de Mogrovejo, que es un ejemplo de pastor. Y esto que nos describe el Señor en el evangelio de hoy (Juan 10, 1-10), en donde se nos habla de que Él, siendo pastor, conoce a sus ovejas y ellas lo conocen; hoy día, nos introduce con la imagen de la puerta: “*Yo soy la puerta de las ovejas*”. Esto es muy importante porque hoy día el Papa León XIV ha dicho que la puerta no es un colador, es un canal. La puerta no es la imagen de quien está ahí cuidando para que no entren ni salgan, sino para que todos puedan entrar y salir con libertad. Pero, ciertamente, el buen pastor, como puerta, cuida de que no se vayan a meter ladrones y salteadores.

Es una imagen muy fuerte porque Jesús está en el evangelio de Juan presentándonos el camino de la Iglesia que tendrá que ser diferente al camino del Templo de Jerusalén, que fue

excesivamente discriminador y maltratador de la vida de la gente. Y, más bien, nos impulsa a ser personas cercanas, servidoras, que todo pastor que se encarga pueda ser una transparencia de lo que Él mismo fue: un pastor verdadero que entregó su vida y terminó en la Cruz, perdonando, inclusive, a las ovejas perdidas de la casa de Israel que se habían confabulado contra Él.

Por eso es sumamente importante para nosotros este camino porque la Iglesia está, justamente, siguiendo la misión de Jesús, siempre para iluminar la vida de un pueblo en su humanidad, que tiene, evidentemente, una serie de organizaciones y de formas de organizarse y hacer la vida, pero que necesita del impulso que viene de la revelación de Dios que nos anuncia cómo es Dios y cómo nosotros también tenemos que ser cuando somos sus ministros. No estamos eximidos de hacer las cosas como Dios actúa; no somos dioses, pero somos transparencia de Él como lo ha sido Jesús y, por lo tanto, Jesús, que sí es Dios, nos pone en la responsabilidad de tener que comunicarlo, participar toda la grandeza y belleza que tiene nuestro Dios, que es Padre, amoroso, que perdona, que levanta, promueve y alienta. Y que, por lo tanto, corrige a través de sobreabundar de gracia.

Es bien interesante que, a veces, nosotros corregimos “chancando” y destruyendo a la gente, pero el Señor tiene una manera de corregir muy interesante: *donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia* (Romanos 5:20). Y, por eso, Jesús, siempre, en el camino, desborda de gracia, de perdón, de amistad, de cariño, de fuerza y de promoción de las personas.

Eso, Santo Toribio de Mogrovejo lo vivió intensamente. Él no era cura, era un jurista que enseñaba en la Universidad de Salamanca y que no había estudiado para cura. Era canonista y también juez, pero el rey Felipe II no encontró

un solo sacerdote que pudiera reunir las condiciones para responder al desafío de estar presentes en el Perú con la misión de evangelizar. Es cierto que habían venido personas insignes: uno de ellos es Gerónimo de Loayza González, que es su antecesor, que fue un excelente primer arzobispo de Lima, convocó concilios y, cuando muere, tenía el remordimiento de haber permitido que la mita siga vigente, con algunas condiciones, pero todavía con ese trabajo obligatorio del pueblo nativo.

Cuando viene Toribio, entonces, es elegido por ser un hombre muy capaz, pero siendo laico, tuvo que ser ordenado en poco tiempo de subdiácono, diácono, sacerdote, obispo y, luego, obispo, instituido con el palio que se les da a los arzobispos. ¡Todo en pocos días! Pero era laico como ustedes, porque conocía de la vida, y él había tenido la costumbre de viajar y conocer las realidades que tenía que juzgar. Eso, al parecer, es la cosa que más le gustó a Felipe II, que Toribio se acercara para poder juzgar en forma justa. Evidentemente, tenía algunos principios de teología, y lo mandó para acá y desde que llegó empezó a dar los mismos signos de Jesús.

El primero signo es que llega a Paita y decide venir a Lima a pie. Se demora varios meses, pero va recorriendo pueblo por pueblo, persona por persona, conversando, como así lo recuerdan siempre los del norte, porque empezó por ahí. En ese entonces, la arquidiócesis de Lima que le tocó era hasta Ica y, después, todo el norte hasta Tumbes (ya existía la diócesis de Cusco). Pero es muy importante porque en esos pueblos lo recuerdan mucho como alguien que se sabía acercar y sabía comprender las realidades de la gente, porque él tenía como lema que, antes de juzgar, hay que conocer las cosas y comprender la realidad.

Por eso, su preferencia, la más grande de todas, es el poder anunciar el Evangelio al pueblo nativo. Y, si bien es cierto

que algunos sacerdotes manejaban el quechua como lengua, él decidió que sea obligatorio para todos aprender quechua y aimara. Era una condición para ser ordenado, entre otras que hay. Y esto es muy importante porque lo más importante es que quiso hablar nuestro lenguaje, el lenguaje de nuestro pueblo, especialmente el pueblo más nativo y autóctono propio de nuestro horizonte en el Perú. Y, por lo tanto, lo valoró, lo alentó. Además, estaba sorprendido de la cantidad de genio que había en el Perú de parte de la gente sencilla, además de que siempre decía que era gente dócil y amorosa, y que en ese amor también tenía, por ejemplo, cosas que antes que llegara el cristianismo al Perú ya se habían asentado y que son cosas que vienen de Dios. Por ejemplo, “ayllu” significa “familia”, “comunidad”. La Iglesia es una comunidad, una familia. Venían a anunciárselo y ya lo sabían, porque Dios actúa más allá de nosotros, sigue siendo Pastor de su pueblo y, misteriosamente, infunde en nosotros la capacidad de vivir como seres humanos hijos de Dios. Otra cosa es el anuncio que nos permite ser conscientes de lo que ya vivimos.

Santo Toribio estaba admiradísimo de las maravillas que encontró a través de esos años, tanto que, al inicio, algunos virreyes no comprendían mucho cómo había sido la vida aquí antes. Además, hubo dos pandemias, le tocó una al propio Toribio y antes de él hubo otra. En esas pandemias murieron cientos de miles de personas, y para el virrey Toledo la solución consistía en “reducir” a la gente, llamarla de aquí y juntarlos de todas partes. Pero eso no es una reconstrucción realmente de un pueblo, porque son diferentes ideas, diferentes regiones y a veces se tienen diferentes costumbres.

Toribio tuvo la delicadeza de buscar a cada uno cuando estaban dispersos, preguntándole de qué comunidad era. Eso lo aprendió en Chulucanas y también en Chachapoyas.

La gente dice que él los reunió por comunidades porque se comprendían mejor y así podían reconstruir sus lazos con el medio ambiente, con la geografía, y vivir en su propio pueblo. En otro caso aquí en Lima, Toribio se opuso a que los españoles les quiten sus tierras a los nativos de San Lázaro. En aquella época, el virrey Andrés Hurtado de Mendoza y Cabrera que impulsó la Reducción de Santiago del Cercado decidió llevarse allá a los nativos de San Lázaro en el Rimac. Pero estos se llevaron la imagen de la “Virgen del Reposo”. Se la llevaron y la tuvieron en el Cercado, en la zona de Santiago, muy cerca del cuartel, al fondo de la avenida Grau, y allí fueron reunidos para una especie de disciplinas y de anuncio evangélico a la fuerza. Esa Virgen fue llamada, luego, con el nombre universal para todos los nativos de Perú como Virgen de Copacabana, que Toribio reclamó como protector del pueblo nativo.

Una de las cosas terribles que tuvimos en la colonia fue enseñar el Evangelio con la fuerza y no como es el Evangelio, con la suavidad y el amor. El padre José de Acosta S.J, que lo acompañó en el III Concilio Limense que él convocó en 1583, supo asesorarlo, diciéndole que el único camino para anunciar el Evangelio era la suavidad, la dulzura. Y eso le permitió a Toribio pelearse también con los otros obispos que querían enseñar el Evangelio la fuerza, especialmente, al método de la “extirpación de las idolatrías” que impulsaba el padre Pablo José de Arriaga. Y él, como buen pastor, se da cuenta de que esa potencialidad humana tiene que ser reconocida, aceptada y querida.

Por esa razón, sucede ese acontecimiento: en la reducción de Santiago, la Virgen del Reposo llora en la primera semana de diciembre, que se festeja su fiesta. Y Toribio va, los busca y los saca de la reducción, se viene con todos y los trae a la catedral. Solamente les pide que le dejen a la Virgen. Lo hizo en virtud de que era el protector de los indios

y tenía la tarea de reconocer que la Virgen de los indios, que era la Virgen de Copacabana en Bolivia y en la zona de Puno, fuera retomada para liberar a aquellos que fueron maltratados. Pero les pidió que la guardaran acá, que no se la llevaran. Antes estaba en San Lázaro esa imagen, pero él quiso dejarla aquí, y después de eso le mandó construir el actual templo de Copacabana. Entonces, podríamos decir, que le cambió de nombre y le puso el nombre de la Virgen universal para todo el pueblo nativo de nuestro país. Y por eso se llama ahora “Virgen de Copacabana” que es la misma que tenemos hoy aquí ante nosotros.

Esa imagen fue la que vino del Cercado porque lloró, acompañó al pueblo nativo de San Lázaro, recuperaron sus tierras gracias a la orden que hizo Toribio, y luego ya no regresó a San Lázaro. Pasó por San Lázaro, como ahora en su procesión siempre saluda a San Lázaro, pero se va a su templo que Toribio le construyó para que todos pudieran vivir con el reconocimiento y el agradecimiento de que Dios siempre nos acompaña y nos libera.

Hermanos y hermanas, en este día todos estamos llamados a ser pastores y pastoras. Una dimensión de nuestra fe obtenida por el Bautismo es que tenemos tres carismas: sacerdotes, profetas y reyes. “Sacerdote” significa aprender a ser “santo”; “profetas” significa aprender a “decir y anunciar la Palabra con claridad”; y “reyes” significa ser “pastor”, no significa ser unos bacanes.

Todos estamos llamados a ser buenos pastores y pastoras. Si no fuera por las pastoras que nos han cuidado en la vida, ninguno de nosotros existiríamos aquí. Nuestras pastoras también son nuestras madres, nuestras abuelas, tías, hermanas.

Que hoy día celebremos la pastoralidad como esencial para nuestra fe, para nuestra vida cristiana y también para la

historia de nuestro país que necesita buenos dirigentes con corazón de pastores, que se preocupan por promover a la gente y no por saciarse a sí mismos.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y feliz día de Santo Toribio, feliz día del buen pastor y la buena pastora.

Amén